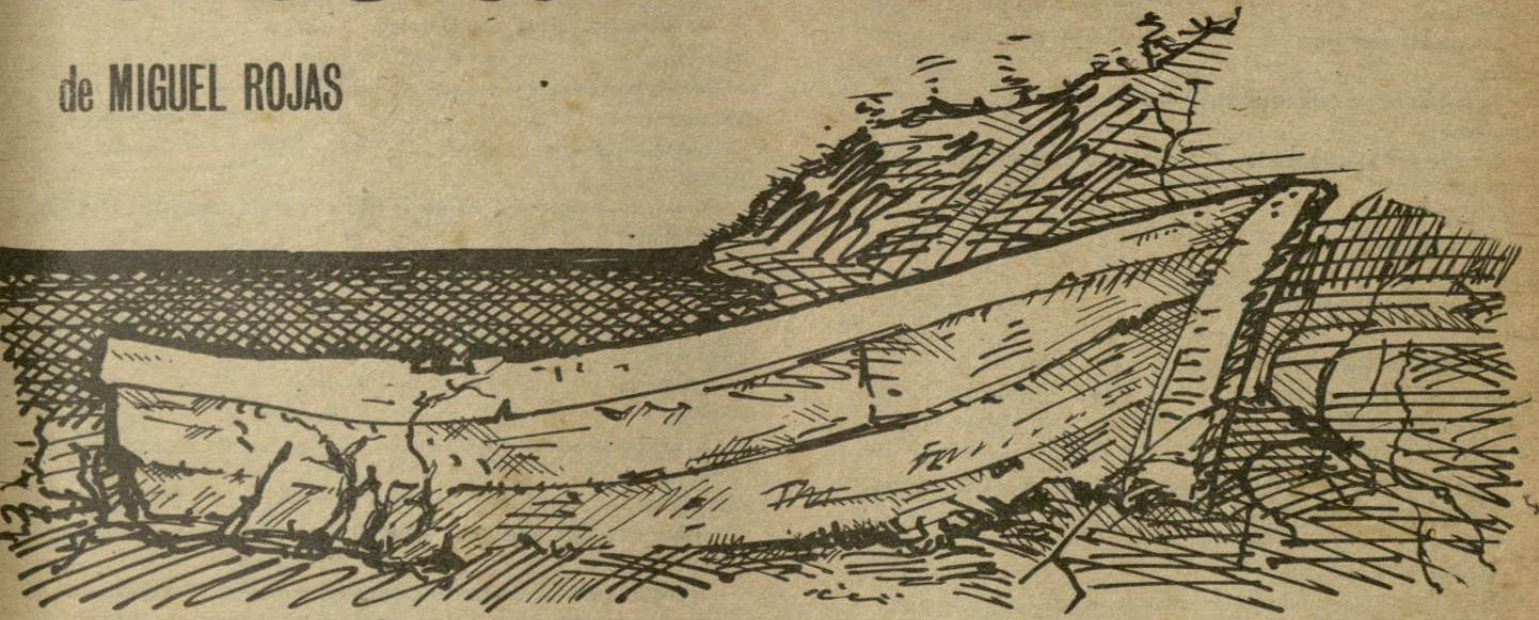


donde canta el mar

de MIGUEL ROJAS



Personajes

Andrés, pescador
La muchacha

Playas del Coco, Guanacaste. Frente al mar. Un árbol raído. Una fogata, Andrés canta "Morena de mi vida". Remueve la fogata. De la oscuridad emerge una sombra. Se acerca a Andrés muy quedamente. Es una mujer, joven, atractiva. A medida que se acerca le surgen espasmos y gestos que en su conjunto forman el prelude de una extraña danza de rabia, venganza e impotencia. Logra controlarse después de una breve indecisión si se va o se queda. Andrés presiente la presencia extraña. Da un giro repentino, con un tizón en la mano. La muchacha se asusta y exhala un "¡No...!".

Andrés:

...Perdone... Perdone, no fue mi intención...

Muchacha:

No es nada, es que soy muy nerviosa.

Andrés:

Le ruego me disculpe, no quise hacerle ningún daño.

Muchacha:

No se preocupe, la imprudente fui yo por acercarme sin decir palabra.

Andrés:

Pues digamos que los dos tuvimos algo que ver en el asunto y olvidemos los sobresaltos.

Muchacha:

De acuerdo...

Andrés:

Andrés es mi nombre.

Muchacha:

Lindo nombre.

Andrés:

¿Y el suyo?

Muchacha:

¿El mío...? Rebeca.

Andrés:

Le hace honor a su figura.

Muchacha:

¿Qué quiere decir?

Andrés:

Es muy atractiva.

Escena

Muchacha:

Gracias por el cumplido.

Andrés:

¿Qué hace sola por estos lados?

Muchacha:

Caminaba por la playa. El sonido del agua me atrae.

Andrés:

Debería tener cuidado.

Muchacha:

¿Cuidado?... ¿Por qué...? ¿Usted roba muchachas?

Andrés:

A veces, si las muchachas se dejan —PAUSA— ¿No lo sabe?

Muchacha:

No... Bueno ¿Saber qué?

Andrés:

Lo de la Llorona

Muchacha:

¿Llorona?

Andrés:

¿No sabe quién es la Llorona?

Muchacha:

Sinceramente no. Perdone mi ignorancia, no soy mujer de mundo, tampoco vivo cerca. Me gusta caminar y llegué a la desembocadura del río.

Andrés:

¿Sola? ¿A estas horas de la noche?

Muchacha:

Sí, sola. No es la primera vez que lo hago. ¿Le asombra?

Andrés:

Pues sí. Bueno, no exactamente asombro. He conocido a otras en situaciones más riesgosas. Y créame, como decimos vulgarmente nosotros, se las sabían todas.

Muchacha:

Yo también he conocido a otras... ¿Llorona? ¿Qué es?

Andrés:

Un elemento de mal.

Muchacha:

Yo no se de qué me habla... No es que me haga la ingenua, pero no se de quién me habla, o se qué.

Andrés:

Se lo explicaré. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

Muchacha:

Raquel

Andrés:
Siéntese conmigo alrededor de la fogata. Después la acompañaré a su casa.

Muchacha:
Eso queda muy lejos.

Andrés:
Ya presentía yo que usted tiene fibra.

Muchacha:
Gracias por su galantería. A las mujeres nos gusta que nos halaguen.

Andrés:
No es halago.

Muchacha:
¿Qué tiene en la jícara?

Andrés:
(Ofreciéndosela) Vino de coyol.

Muchacha:
Probaré un traguito...

Andrés:
La Llorona es una alma en pena. Dicen que viene de tiempos inmemoriales.

Muchacha:
¿Quién es?

Andrés:
Una mujer muy bonita que tuvo amores ilícitos en su tiempo. Dicen que la gente la rechazaba porque veía con malos ojos su libre albedrío. Le nació una criatura preciosa, y como no hubo hombre que respondiera por ella, madre y crío fueron despellejados por la lengua de la gente, y en todo lado les cerraban las puertas. Así que optó por deshacerse del huerfanito. Y como quien dice, del parto al río, se fue solita y lo tiró en la corriente. Como no hay nada oculto y la gente se entera de todo tarde o temprano, la maldijeron por haber dado muerte a un inocente. Desde entonces, arrepentida y maldita, carga con su dolor y su pena recorriendo todos los ríos habidos y por haber en busca de su hijo.

Muchacha:
¿Qué triste historia la de la triste mujer...! ¿Y por qué Llorona?

Andrés:
De tanto lanzar a los cuatro vientos su pena sin que su dolor tenga el eco esperado.

Muchacha:
¿Grita muy feo?

Andrés:
Pega unos alaridos espantosos.

Muchacha:
¿La escuchaste alguna vez?

Andrés:
A decir verdad, nunca. Sólo se lo que dicen.

Muchacha:
Es una historia fascinante y cruel.

Andrés:
¿Verdad que sí? Dicen que con el tiempo adquirió categoría de demonio, y su llanto es cada vez más horripilante. Con sólo pensarlo se me erizan los pelos.

Muchacha:
Oh, oh, cuidadito, Andrés. El temor es una fisurita muy peligrosa si llegás a encontrártela. A los demonios no se les puede revelar temor. Lo perciben a leguas.

Andrés:
Yo nunca tuve miedo a nada. Menos a una historia de alaridos y espantos. Para mí que son creaciones de la imaginación, tal vez inventadas por algún caminante trasnochado con sentimientos de culpabilidad, o que tuvo visiones en medio de una borrachera.

Muchacha:
Cuidadito, Andrés, la imaginación, ligada al temor, evoca la presencia de fuerzas invisibles que a veces llegan a materializarse.

Andrés:
No tengo ni pizca de miedo. Por eso estoy aquí.

Muchacha:
No entiendo. ¿Qué querés decir?

Andrés:
¿No le parece rara la soledad de la playa?

Muchacha:
Cierto... ¿A qué se debe?

Andrés:
Mire a su alrededor... No se ve nadie, y si los hay, están ocultos.

Muchacha:
Ahora sí que me intrigaste. ¿Qué ocurre?

Andrés:
La Llorona anda suelta y al primero que agarre se lo lleva.

Muchacha:
¿Adónde?

Andrés:
A sus dominios de llanto eterno con que aliviar temporalmente su pena.

Muchacha:
(Hace que está asustada) ¿Qué quiere decir? Bromea, ¿verdad?

Andrés:
Tranquílcese. Mientras esté conmigo no tema. Curiosamente a la Llorona se la conoce tierra adentro, no en la costa. Pero desde hace seis días se la oye rugir por la montaña cercana al río que desemboca por donde usted venía.

Muchacha:
Será que bajó en busca de su crío.

Andrés:
Puede ser... Se cansaría de buscar monte arriba, o en la meseta, y viniendo por el curso de los ríos es lógico que diera en la orilla del mar. Con todo, a mí me da igual. Estoy aquí para ahuyentarla.

Muchacha:
¿Ahuyentarla? ¿Cómo?

Andrés:
Mi presencia la espanta.

Muchacha:
¿Y cómo es eso?

Andrés:
No le tengo miedo. Todo lo contrario, estoy esperando que se me presente. Si no lo hace hoy, sétimo día de espera, se irá para siempre, y con eso el pueblo volverá a la normalidad.

Muchacha:
¿Y si viniera?

Andrés:
La enfrentaría.

Muchacha:
Es muy arriesgado.

Andrés:
Todo sea por la población. Estamos arruinados. No se cultiva, no se pesca, nadie viene a esta playa. ¡Y qué playa más completa! ¡Está como sacada del mismo cielo! Cualquiera que fuera el precio, vale la pena correr el riesgo. Uno pasa, este trozo de paraíso queda para los que vienen.

Muchacha:
¿Y por qué precisamente usted?

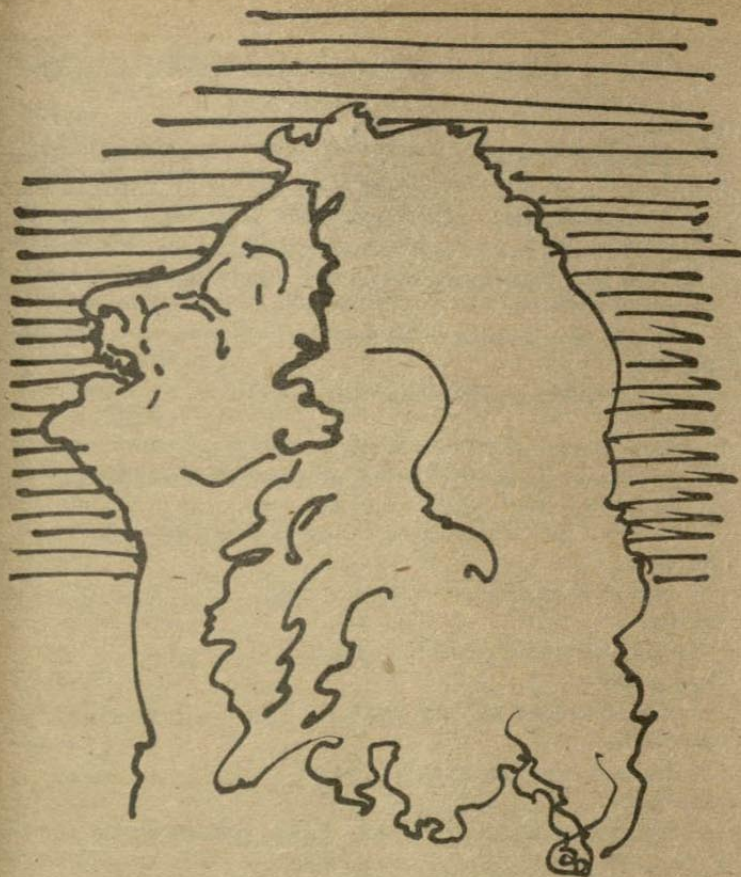
Andrés:
Alguien tenía que hacerlo.

Muchacha:
Yo en su lugar estaría hecha un puño de los nervios.

Andrés:
¿Cree que estaría tan confiado si no tuviera mi secreto?

Muchacha:
¿Secreto?

Andrés:
Claro. Los demonios buscan las sombras. Todo lo que sea luz los aleja.



Muchacha:

¿Por eso no suelta la antorcha...?

Andrés:

Así es. Por eso también atizo la fogata. Uno nunca sabe como se le va a presentar.

Muchacha:

Debo irme...

Andrés:

Permítame acompañarla. Es peligroso que una muchacha tan encantadora camine sola por esos parajes...

Muchacha:

Caminar me ilusiona, me da expectativas ... A veces pierdo la noción del tiempo ... Y hasta de otras cosas ... Hasta luego, guapo. Se cuidarme sola. Yo también tengo mi amuleto.

Andrés:

¿Ah, sí? ¿Se puede saber cuál es el brebaje...?

Muchacha:

El que busca encuentra, dicen ... Prometo regresar y enseñarle todas mis artes.

Andrés:

Por lo menos permítame encaminarla.

Muchacha:

No se moleste, gracias.

Andrés:

Pero si no es molestia. Será un honor acompañarse de tan bella flor.

Muchacha:

Tiene una responsabilidad que cumplir. No se distraiga.

Andrés:

Una cosa no afecta la otra.

Muchacha:

...Es que usted tan aguerrido y yo tan floja...

Andrés:

...Eres como el huracán

que lleno de pasiones
levanta la cresta al mar.
Seamos como el volcán
que aún en medio mar
sabe mostrar sus ardores.

Muchacha:

¿Ve lo que le decía...? Ya empiezo a perder la cabeza. Mejor me voy.

Andrés?

¿Más vino de coyol?

Muchacha:

Si trae tu alma, sí.

Andrés:

La lleva.

Muchacha:

Más vino, entonces...

La muchacha toma un largo trago. Luego baila una danza de seducción para Andrés, y en el transcurso de su endemoniado encanto, apaga la fogata, incitando a Andrés para que le haga el amor, ya semidesnuda.

Andrés le corresponde con una danza de macho cabrío en celo, pero nunca suelta de su mano la tea encendida.

Muchacha:

¡Apaga la tea y hazme el amor, demonio!

Andrés:

¡Demonio es el fuego que has encendido en mi pecho!

Muchacha:

¡Ilumíname con tus ojos! ¡Apaga la tea! ¡Que la noche con su manto de astros nos cobijel!

Siempre encendida, Andrés clava la tea en la arena.

Andrés:

Deja que la luz me guíe a tus praderas de miel, que esos muslos tuyos de hoy en adelante tienen jinete donde sudar a trote.

Muchacha:

Andrés, cariño, tienes que ser dulce ... Es la primera vez que me entra una furia de amor. Es la primera vez que me desnudo ... Apaga la luz, tócame, hazme tuya hasta el fondo de estas arenas. Y después haz lo que quieras, cerraré los ojos... Te ayudaré yo misma a encender el cielo, la fogata, la tea...

Andrés:

Raquel...

Muchacha:

Me llamo Rita. ¡No! Rebeca ¡No me toques!

Andrés:

Eres terriblemente seductora ... (Le alumbra el rostro. La muchacha se cubre).

Muchacha:

Se me hace tarde ... (Sale corriendo, despavorida)

Andrés:

¿Dónde vas? ¡Regresa!

Sorbe un largo trago de vino de coyol. Se tiende sobre la arena y tararea "Morena de mi vida". Atiza la fogata. Se escucha un llanto desgarrador, cada vez más cerca. Luego cesa. Alerta, Andrés escucha. Aparece, fuera de sí, la muchacha. Trae el pelo desgredado, la ropa desgarrada. Andrés la enfrenta, azuzándola con la tea.

Andrés:

¡Por fin te apareces, demonio! ¡Hoy de aquí te marchas para siempre o no volverá la vida a este pueblo! ¡Vamos, pelea! ...

La muchacha, acorralada, se hace un nudo, impresionada.

Muchacha:

Piedad ... No me toque, maldito ...

Andrés, reconociendo la voz, lenta y desconfiadamente baja la guardia.

La muchacha se desmaya, Andrés la socorre.

Muchacha:

... ¿Qué quieres de mí ...? ¿Por qué me sales al paso ...? Piedad... Piedad ...

Andrés:
Soy Andrés ... Soy Andrés, ¿no me reconoces?

Muchacha:
¿Andrés ...?

Andrés:
Sí, Andrés. Mírame bien y tranquilízate.

Muchacha:
... Gracias, Andrés. Gracias, gracias, gracias...

Andrés:
No te reconocía... Estás hecha una calamidad.

Muchacha:
No importa la ropa. Estoy a salvo.

Andrés:
Ahora que anda cerca el espanto, no puedo descuidarme.

Muchacha:
Me siento mejor, gracias.

Andrés:
Es que con ese pelo tan erizado y el vestido hecho jirones, me desconcerté. Reconozco que al principio se me aflojaron las piernas de la impresión. ¿Se siente mejor, más tranquila?

Muchacha:
Sí, gracias Andrés. Ya me volvió el cuerpo al alma.

Andrés:
Cálmese. A mí casi se me va el alma con esos gritos. Era como escuchar un viento tormentoso pegando contra rocas puntiagudas... Pensé en usted ... Estaba preocupado. Ya pasó el susto.

Muchacha:
Sabía que a su lado estaría segura. No me explico cómo llegué hasta aquí. No es leyenda, no es cuento, Andrés. Existe. La ví, la tuve a corta distancia.

Andrés:
Ya pasó, serénese ... (Avanza con la antorcha un poco) No se ve nada ... Debo estar alerta, la muñeca anda cerca.

Muchacha:
A usted sí que no lo agarra desprevenido esa maldita Llorona.

Andrés:
Hoy es la última noche. Apenas despunte el alba, el peligro habrá pasado y todo será como antes en este pedacito de paraíso.

Muchacha:
No debería mirarme con ojos de perro hambriento ... El hecho de que me guste mucho no le da derecho a que me desnude con la vista.

Andrés:
No hay maldad en mí. Los ojos están para mirar.

Muchacha:
Sí, claro... Pero yo tan desvalida y a medio vestir. Tengo frío.

Andrés:
Es tentadora. Pierda cuidado, no puedo descuidarme ahora que la noche es más profunda. Así se pone cuando está cerca el amanecer.

Muchacha:
No querría recordar la imagen que ví. No hay palabras para describirla.

Andrés:
Entonces no lo haga. Cada quien la percibe de una manera diferente. Los demonios tienen la capacidad de producir visiones. Depende del estado de ánimo en que uno se encuentre.

Muchacha:
Está muy seguro de lo que dice. Eso me hace sentirme segura a mí también.

Andrés:
No improviso una aventura de muchacho que quiere jugar al héroe. Antes de tomar la decisión de parármelo al frente a la Llorona, escuché todo lo que decían respecto a ella.

Muchacha:
¿Y qué opinión le merece?

Andrés:
Que anda errante a causa de una baja pasión por la que se dejó dominar.

Muchacha:
Todos tenemos momentos de debilidad.

Andrés:
Por eso no levantamos vuelo, y cuando deberíamos estar arriba, nos encontramos en el hueco de los lamentos.

Muchacha:
¿Y la pobre infeliz?

Andrés:
No soy sabio para juzgar algo que está fuera de mi sencillez de pescador. Por lo que oí decir, concluyo que le gustaban muchos amores sin ningún amor. Se burló de muchos que la quisieron de verdad, hasta que por fin, se prendió de uno que no la quería más que para los ardores del momento. El resto ya se lo conté.

Muchacha:
Sí, lo recuerdo ... ¿Habrá salvación para ella?

Andrés:
Según mi parecer, ella no es ella, porque se fue convirtiendo en un símbolo. Y de sencillo que era el asunto, de tanto dar vueltas con el sentimiento de maldición encima, se lo creyó. Ella por un lado, y por el otro, la gente con su cuento de nunca acabar.

Muchacha:
¿Y si yo le probara que existe de verdad?

Andrés:
Usted ya tuvo un encuentro. ¿O no?

Muchacha:
Y usted también tendrá el suyo.

Andrés:
¿Por qué lo afirma tan tajantemente?

Muchacha:
Porque sé donde está; Tire esa estúpida antorcha y venga conmigo. Mientras tenga fuego en sus manos, jamás se acercará y nunca lograrán desterrarla de este lugar.

Andrés:
Sí quito el fuego, quedaría en desventaja.

Muchacha:
No sea tonto, iremos en absoluto silencio. Así podrá sorprenderla.

Andrés:
No sé...

Muchacha:
Lo llevaré a un encuentro directo. Cómo ha estado esperando que ocurra.

Andrés:
Iré con fuego. Vamos, lléveme.

Muchacha:
¿Con fuego o sin él?

Andrés:
Con fuego.

Muchacha:
¿Por qué?

Andrés:
El fuego purifica. Todo aquello que sea oscuro, que busque la luz y no se perderá.

Muchacha:
Entonces, se la traeré. ¿Qué hora es?

Andrés:
Todavía falta para que la noche de paso al alba.

Muchacha:
De todas maneras, iré veloz.

Andrés:
Es una locura de su parte. No la conozco, apenas la traté unos minutos, y créame que tiene gancho para enamorar a cualquier hombre en segundos. No se de qué sangre viene su valor, pero esto no es un juego. Quédese conmigo, démosle tiempo al tiempo, lo que tenga que ocurrir, ocurrirá.

Muchacha:
Ni Raquel, ni Rita, ni Rebeca.

Andrés:
Entonces, ¿cómo se llama?

Muchacha:

Pronto lo sabrá. Espere aquí. Alerta todos sus nervios porque no es un juego de niños lo que voy a guiar hasta usted. (Sale presurosa).

Andrés:

¡Regrese, no sea tonta! ¿Qué ganará con traerla? ¡Casi tengo la partida ganada! ... Extraña mujer, pero valiente...

Andrés atiza la fogata. Se escuchan cerca alaridos desgarradores. Aparece la muchacha, ahora totalmente transformada en su condición de Llorona. Trae un escudo. Se miran extremo a extremo.

Andrés:

¿Quién eres?

Llorona:

Tu verdugo.

Andrés:

Yo soy el tuyo.

Llorona:

Yo soy el tuyo.

Andrés:

¿Qué traes en la mano?

Llorona:

Un escudo tejido con mis artes.

Andrés:

Te marcharás del pueblo para siempre.

Llorona:

Echame.

Andrés:

Estoy aquí para probártelo.

Cada uno ejecuta una danza corta, preludio de combate feroz. Luego grita la Llorona. Lo hace también Andrés. Se inicia una danza guerrera, combate a muerte entre ambos. Finalmente, después de varias peripecias, ninguno de los dos resulta vencedor.

Andrés:

... ¿Por qué no te marchas?

Llorona:

Estás cansado. Yo también.

Andrés:

Tengo suficiente aliento para continuar hasta la salida del sol.

Llorona:

Lo sé.

Andrés:

Te invito al fuego...

Llorona:

Tengo suficiente ... Eres el único que vale, Andrés.

Desaparece la Llorona emitiendo un sonido lastimero. Andrés la sigue de cerca, cauteloso. Regresa a la fogata. Canta un trozo de "Morena de mi vida". Una claridad repentina invade todo el ambiente. Andrés lanza un grito victorioso. Como festejo a su alegría apaga la fogata, tira la tea al aire, se hincan, besa la arena y abre los brazos al cielo.

Andrés:

¡Somos libres! ¡Vuelvan todos! ¡Somos libres! ... Carmencita, morena de mi vida, nos casaremos mañana! ¡Vengan todos regresen! ...

Aparece la Llorona, sin prisa, pero brutal. Andrés la mira, extrañado, petrificado un instante, luego intenta prender la tea y la fogata.

Llorona:

Pierdes el tiempo, no encenderá.

Andrés:

(Desesperado) ¡Es de día! ¡De día! ¡Es de día! ¡No te está permitido burlar las leyes naturales! ¡La noche es noche, el día, día!

Llorona:

El gallo no ha cantado, Andrés. Solo amaneció en tu imaginación. Te dije que regresaría y te mostraría mis artes. Yo sé flo-

recer la ilusión de los sentidos físicos. Era tal tu anhelo porque llegara el alba, que me facilitaste el camino para usar mis artes cuando todo estaba perdido para mí. No hay salida para tí. Estás en mis manos.

Andrés:

Llorona, jugaste sucio ...

Llorona:

Jugué.

Andrés:

Es cierto, no han cantado los gallos. Esta claridad que me atrapó es tuya. Estoy en tus manos. Vamos.

Llorona:

En homenaje a tu arrojo, te concedo una última voluntad.

Andrés:

... ¿Forzosamente tienes que llevarme contigo?

Llorona:

Es imperativo.

Andrés:

¿Me concederás lo que pida, aunque sea una tontería cualquiera?

Llorona:

Solo aquello que pueda ejecutarse. El tiempo apremia.

Andrés:

Acompáñame ... (Toma la jícara).

Llorona:

¿Qué pides?

Andrés:

Lanzar mi jícara al mar.

Llorona:

Extraña petición. Hazlo inmediatamente, yo espero aquí. Tus estupideces no me cautivan.

Andrés:

Insisto, ven conmigo. Disfrutarás de ver hundirse mi jícara.

Llorona:

Vete antes que me arrepienta de haberte concedido un último deseo.

Andrés:

¿No vienes? Voy presuroso.

Llorona:

Descuida, no te pierdo paso.

Sale Andrés. Un instante después la Llorona se inquieta y va en su busca. Se escuchan sus alaridos. Entra tirándose de los cabellos y desgarrándose la ropa.

Llorona:

... ¡Maldito seas! ¡Maldigo mil veces la hora y el sitio donde naciste! ¡Maldigo a todos los hombres, a todas las mujeres, a todos los niños! ... ¡Preferiste que te tragara el mar, Andrés! ¡Mil veces tramposo, mil veces te pudras en el infierno, fuera de mis dominios!

Se oye un gallo cantar, después otros.

Llorona:

¡No, no! ¡Estoy perdida ...! ... ¡Tinieblas, no me abandonéis ...!

Rabiosa, incendia el árbol y sale quitándose las ropas. Se escuchan voces y un gran alboroto de fiesta. El mar golpea contra la playa.

Voz de una mujer: ¡Andrés...! ¡Andrés! ... Andrés ...

VOCES:

¡Estamos salvados! ... ¡A pescar, muchachos! ... ¡Por fin se fue la maldición, volvamos al trabajo todos! ... ¡Celebremos con baile, bombas y vino de coyol el adiós a la maldición! ...

Voz de una mujer:

Andrés ... Andrés, tu jícara está en la playa, pero vos, ¿Dónde estás? ... Mar, dile a mi amado en su techo de algas que yo lo espero, lo esperaré.

Golpeteo del mar, pájaros marinos y un viento melancólico.

APAGON